

## **AGRADECIENDO EL AYER**

Principiaba el año 1977...no hubieron muchas opciones para la familia, el otoño los encontró en plena mudanza. Se iban a una finca, con parrales, allí había una casa de esas antiguas con galería inmensa, rodeada de múltiples y amplias habitaciones a los costados. Era trabajada por una familia amiga, la de don Muñoz, quien ofreció a don Jesús y los suyos un lugar para salir del paso.

Difícil fue la transición, mudarse desde el corazón de Villa Nueva, plena calle Araujo, a esa alejada finca ubicada en el distrito La Primavera, significaba muchísimos cambios para todos.

Por aquellos años llegar a ese distrito era dificultoso, la finca estaba sobre la calle Celestino Argumedo, apenas pasando Silvano Rodríguez, a mano izquierda, se encontraba el callejón hacia la casa. Ambas calles de piedra pura, sin iluminación ni muchos vecinos...caminar por ellas era cansarse sobremanera y agotarse el doble, intentando no terminar con un tobillo esguinzado, tratando de hacer pie entre tan escabrosa senda...solo piedras, grandes y sombrías piedras. El paisaje se completaba con altos y espesos sauces, pimientos que saturaban el aire con su tufarada y extensas franjas de tupidos cañaverales flanqueaban la larguísima y despoblada calle.

Se acomodaron en el piezón, las camas en una punta, la cocina en la otra, en el medio la mesa y las sillas y, por supuesto, la máquina de coser, bullicioso aparato al que la incansable Matilde, mamá de la familia, no daba descanso ni tregua...si hubiese podido hablar ese artefacto seguramente se hubiese quejado y declarado en paro! Solo dejaba de funcionar en las horas de la noche, o del almuerzo, y en las cortas horas en que su dueña la abandonaba para, rápida y eficazmente dejar todo limpiísimo y ordenado...y es que con sus costuras colaboraba en la economía del hogar.

Por ese año don Jesús tomó una obra de unos meses en Irrigación, era albañil, había aprendido bien el oficio y nunca le faltaban clientes, aun cuando no tenía alguno salía en su inseparable bicicleta y recorría barrios y calles tras el sustento para la familia...eran tres hijos pequeños...la mayor de 6, el único varón de 4 y la pequeña de apenas 1 año.

Al trajín del trabajo se sumó la escolaridad de la hija mayor, el jardín de infantes y comienzo de primer grado lo hizo en la escuela Tito Laciari, ellos vivían a dos cuadras, muy cerquita...ahora todo cambiaba.

Ni mencionar que, en esas zonas rurales, el servicio de colectivos era muy escaso. Una sola unidad recorría algunas calles, en esa época era la línea 2, de la empresa Corsino. Un desvencijado micro azul y amarillo pasaba solo tres veces al día, más o menos a la misma hora. No quedaba otra opción, don Jesús seguiría moviéndose en su bicicleta, y así lo hacía cada fría mañana...

Al mudarse la idea fue, y así lo gestionaron, que la niña estudiara en una pequeña escuelita que funcionaba más o menos cerca de la finca. Pero no alcanzó a ir un mes allí. Solo habían dos grados...uno con niños que cursaban desde 1° a 4° grado, y el otro con los alumnos de 5° a 7° grado, solo dos aulas y unas pocas maestras, bastante desorden en cuanto a disciplina, mucha precariedad mobiliaria y edilicia...todo esto sumado al carácter tímido y asustadizo de la niña fueron una mala combinación...el cambio era muy grande. Fue una mezcla de miedo, angustia y pena que provocaron tal desazón, que el último día en que fue a la escuela, y al verla regresar en tal estado febril en el auto de la acongojada directora, decidieron que volvería a su antigua escuela, muy a pesar de las peripecias que, sabían de antemano, esto acarrearía.

Muy temprano, antes del amanecer don Jesús y su hija caminaban cada día por la pedregosa calle hasta la esquina del callejón Los Italianos donde subían al colectivo, acompañados por el lúgubre arrullo de las palomas y entumecidas las manos y pies por el empedernido frío.

La niña quedaba en la escuela y el padre se iba a su labor. El trabajo efectivo duró unos pocos meses, y volvió don Jesús a tomar pequeñas tareas en diferentes lugares, y fue entonces que la bicicleta volvió a su faena.

La manera que encontraron, para que no pasara frío ni peligros su niña, era que se quedara en casa de una cariñosa y querida tía que siempre le brindó amorosos cuidados, allí estaba también su prima, de la misma edad, que iba a su mismo grado y con quien se habían criado juntas...pero, como toda niña pequeña ella anhelaba a los suyos, a su madre y su casita. Todas las tardes esperaba ansiosa, con un nudo en el estómago, que su papá apareciera con su bicicleta para llevarla a su hogar...quien a veces lograba terminar temprano el trabajo e iba a buscarla. El viaje generalmente se hacía eterno, casi siempre les caía la noche. Tomaban por el carril Bandera de los Andes, atravesaban Rodeo de la Cruz y seguían hasta la entrada del km 11 que era la calle Severo del Castillo; seguían hasta Celestino Argumedo y llegaban a la finca... eran varios kilómetros...sentadita en la parrilla de la bicicleta sentía que los vehículos pasaban tan cerquita que si separaba demasiado las piernas de los rayos de las ruedas la llevarían arrastrando...hacía mucho frío...no faltaba abrigo, pero recorrer más de 15 kilómetros en bicicleta era para congelarse, literalmente. Pero...iba con su papá, a casa, y valía la pena la travesía, llegaba feliz a reencontrarse con su mamita y sus hermanitos.

Poco más de un año la familia permaneció en aquella finca, le seguirían unos cuántos destinos más, hasta poder establecerse, al fin y a Dios gracias, en su casita propia, sencilla y modesta, pero propia, allá por los pagos de Los Corralitos.

La pequeña creció y crió a sus propios pequeños (que ya no lo son tanto!), sus hermanos crecieron también. Las empedradas y oscuras calles hoy lucen un prolijo asfalto, unos cuantos colectivos más recorren la zona en variados horarios, los vecinos se multiplicaron, la pequeña escuelita fue reemplazada hace años por un moderno edificio que se llena de chicos y docentes cada ciclo escolar.

Don Jesús...? hoy sus cabellos se volvieron blancos, sus manos cansadas y ajada su piel, ya cuenta con casi 78 años que encorvan su espalda... junto a su esposa que, ya con menos frecuencia, sigue cosiendo para los suyos, sus ojos no terminan de sorprenderse con tantos descubrimientos, inventos y avances que ha tenido el mundo y la vida. Ellos, nuestros adultos mayores, son la generación con más capacidad para adaptarse al cambio, que haya pisado esta tierra...Testigos reales, ciudadanos sobrevivientes de un mundo que creció velozmente en pocos años, y son dueños de una sapiencia superior, simplemente porque ellos estuvieron "antes" y, para nuestra fortuna, todavía están "ahora"...

Hoy que vivimos esta impensada cuarentena...cuarentena...palabra que estuvo fuera del vocabulario de tanta gente, y que ni siquiera existía en el léxico de otras (léase los más jóvenes)...en fin...cuestión que TODO EL PLANETA ha quedado inmerso en esta realidad. Hoy, digo, consideraba a Don Jesús, que se las ingenia para salir más no sea a la vuelta de la esquina...por el alimento para los perritos, las naranjas para el postre, lo que sea! Que si es necesaria la salida...? yo creo que no...gente hay que le haga las compras, lo lleven en automóvil y demás...pero es como si algo le faltara el día que no sale en su bicicleta...bah...la que tiene ahora, muchas han pasado por sus manos de diferente rodados, modelos y colores, pero siempre en sus caminos una bicicleta lo llevó y lo acompañó...y tratando de entender su porfía e insistencia en salir, es que vinieron a la memoria estos momentos pasados cuando con tanto sacrificio, que agradeceré eternamente, don Jesús, mi padre, recorría kilómetros en su bicicleta, con frío o con calor, muy temprano a veces y rayando la noche otras...simplemente por amor a los suyos...